

Concuerda este traslado con el original de la junta de guerra de donde Don Diego de la Haya Fernández, Gobernador y Capitán General de esta provincia por Su Majestad, lo mandé sacar respecto a haber de remitir dicho original al Muy Ilustre Señor Don Francisco Rodríguez de Rivas, del Consejo de Su Majestad, su Presidente de la Real Audiencia de Santiago de Guatemala, Gobernador y Capitán General de su distrito: va cierto y verdadero, corregido y concertado con dicho su original a que me remito: pasa ante mí y los testigos, que por falta de Escribano lo fueron los Capitanes Don Joseph de Mier Cevallos, Don Joseph de Morales y el Ayudante Don Bernardo Marín, que es fecho en la ciudad de Cartago, en catorce días del mes de Abril de mil setecientos y diecinueve años.

DIEGO DE LA HAYA

DON JOSEPH DE MIER CEVALLOS JOSEPH DE MORALES BERNARDO MARÍN

Comunicaciones del Presidente don Juan Rafael Mora a su Ministro de la Guerra don Manuel José Carazo.

Año de 1856. ⁽¹⁾

Rivas, Abril 15/1856.

Señor D. Manuel José Carazo.

Mi estimado amigo:

Hasta hoy no hay novedad: los heridos mejoran notablemente y muy pronto podrán tomar servicio.

Hoy he sabido con toda seguridad, por varios conductos, que Walker pasó por Nandaime a pie con 250 hombres muy afligidos, entre los cuales hay muchos heridos. La pérdida de aquel bandido no baja de 400 hombres entre muertos y heridos.

De nuestra parte se impondrá V. de todo lo ocurrido por el parte oficial de esta fecha, el cual no había querido comunicar esperando que pasara la primera impresión.

Sensibles son nuestras pérdidas, pero inevitables.

El fuego fué tan vivo durante veinte horas y muy particularmente las primeras doce, que yo esperaba tener una pérdida mucho mayor, pues la intrepidez de los soldados y el deseo de vencer los hacía lanzarse sin precaución sobre los atrinche-ramientos del enemigo; mas de otra parte tal disposición nos favoreció, porque el

(1) Archivos Nacionales. S. A. Serie XII. N° 8827.

enemigo se llenó de terror y quedó reducido en pocas horas a la cuarta parte de las ventajosas posiciones que ocupaban; y cuantos tenían la audacia de presentarse, aun cuando fuera asomando sólo la cara, allí eran heridos.

Del enemigo se contaron tendidos en la plaza y calles 81 cadáveres, y como 150 que declaran los prisioneros que ellos sepultaron en varios pozos de los de esta ciudad, los cuales mandé reconocer y se encontraron llenos de muertos.

Todos, todos los individuos del Ejército han cumplido con su deber, sin que se encuentre una sola excepción, pues todos, a mi voz, se lanzaban al combate.

El general Cañas estuvo siempre en el centro de las operaciones, cruzando dentro del enemigo por los lugares más peligrosos, y no fué herido.

Sobre acciones de valor podría decir mucho; pero no podría hacerlo sin ofender a otros, habiendo todos hecho su deber.

Creo que no se nos puede presentar otra jornada igual a la del 11 del presente, tanto porque Walker atacó con toda su gente y los del país que pudo reunir, cuanto por la lección que ha recibido y por las enormes pérdidas que ha sufrido.

Todos los caballos del enemigo, monturas y equipajes cayeron en poder de mis soldados, sin que les quedara una sola bestia.

Yo espero saber qué hacen las fuerzas de los Gobiernos del Salvador y Guatemala, si llegan o no, para tomar una resolución definitiva.

Con 500 hombres que llamaran la atención por las fronteras de León bastaría para concluir todo y hacer desaparecer a Walker en pocos días.

Tampoco sé nada de León, Granada y los demás pueblos.

Mientras tanto nada temo, pues tengo fortificada la ciudad y 6.000 no serían bastantes para forzar la plaza.

Saludo a la niña Mariquita.

Su afmo. servidor

JUAN R. MORA.

Rivas, Abril 16 de 1856.

Señor D. Manuel J. Carazo.

Mi estimado amigo:

Hoy mando el parte de la batalla del 11, el cual he retardado para que pase la primera impresión.

La acción fué terrible, pero vencimos.

Por varios documentos que se han tomado a Walker veo que nuestra ruina era inevitable, pues sus proyectos fantásticos eran los de dominar la América Central y sus anexos.

Tengo en mi poder muchos cajones de papeles importantes, los cuales mando hoy por un buque para ésa, así como otros objetos útiles.

Creo que dentro de pocos días se despejará la situación, pues creo posible que se me entregue uno de los vapores del lago y con esto todo se acabará. Cuide V. de la tranquilidad en ésa, que aquí saldremos bien. Dios nos dará paz y progresos para la República.

Su amigo afmo.

JUAN R. MORA.

ADICIÓN.—Mucho cuidado con San Carlos; que nadie se pase: esto es el alma de la empresa.

Cuartel General en Rivas. Abril 21 de 1856.

Señor Ministro de la Guerra.

El teniente coronel Barillier es una excelente adquisición para el Ejército costarricense. Se da a conocer cada día por conocimientos y cualidades militares que nos son de la mayor utilidad. Llegó oportunamente la víspera de la jornada del 11 de abril y tuvo la ocasión de desplegar en ese día una inteligencia y actividad que contribuyeron eficazmente a la seguridad de nuestras tropas. Gracias a sus buenas indicaciones y a su cooperación personal, Rivas se halla hoy en condiciones de defensa que nos permiten aguardar sin temor al enemigo y escarmentarle para siempre, si puede aún alzar cabeza después de la lección del 11.

En consecuencia no puedo prescindir de manifestar a V. S. mi satisfacción por el acierto de que dió prueba el Gobierno al aceptar los servicios de un oficial que ha justificado plenamente sus honrosos precedentes y se ha granjeado la estimación de los jefes del Ejército.

Dios guarde a V. S.

JUAN R. MORA.

Cuartel General en

Rivas, Abril 24/1856.

Señor Ministro de la Guerra.

En virtud de las facultades que me ha conferido el Congreso y atendiendo al doble carácter militar y político que presentan los negocios en la presente campaña contra los enemigos de la independencia de Centro América, he tenido a bien nombrar un secretario general y llamar al señor Don Adolfo Marie al desempeño de estas funciones.

Dios guarde a U.

EL GENERAL EN JEFE
JUAN R. MORA.

Liberia, 1º. de Mayo de 1856.

Señor Ministro
de la Guerra

Ayer di a U. noticia de que Carrera avisó a San Juan del Sur que había llegado al Realejo con cinco mil hombres. Esto no sólo no se ha confirmado, sino que casi se puede asegurar que es enteramente falso. Lo que es indudable ya es que Martínez, al frente de ochocientos hombres (más o menos), está cerca de Granada y apoyará la insurrección de los serranos e isleños a quienes excité y mandé algunas armas antes de abandonar a Rivas.

Incluyo a U. nota del comandante de la tropa embarcada en el *Dominga Morales*: por ella verá U. las razones que tuvo para arribar a Culebra. He mandado detener el buque, porque siendo de tardo andar no llegaría a San Juan a tiempo y aquí me servirá para mandar a Puntarenas cañones, fusiles, municiones, etc. Todo cuanto allá pueda ser útil, en fin.

Sé de positivo que Walker, al prepararse para atacar a Rivas el 11, dejó solo el Castillo de San Carlos y clavada la artillería: puedo casi asegurar que permanece aún abandonado: sin embargo, al asaltarlo las tropas que manden del interior, deben obrar bajo el concepto de que puede estar custodiado. Deberá cuidarse siempre que dichas tropas lleven los útiles necesarios para abrir nuevo oído a los cañones y hombres inteligentes que ejecuten la operación.

Cincuenta hombres de guarnición bastarán a guardar el castillo y paso del río, cuidando que la mayor parte sean artilleros y que estén provistos de una embarcación, al menos, que les facilite la comunicación con la gente de Sarapiquí, para pedir y obtener auxilios de gente, víveres, etc.

Haga U. propalar, de modo que el pueblo de Costa Rica entero lo sepa, que aunque no reciban ahí correspondencia del Ejército en estos días, no se alarmen, pues viniendo la tropa de marcha para esta provincia, imposible es que escriba: y en cuanto al cólera, que de la Flor aquí ha degenerado en el inocente colerín pasado. Es una felicidad que el horrible contagio no pueda combinarse con la atmósfera de este departamento.

Espero que en cuatro o cinco días estará aquí reunido el Ejército.

Dios guarde a U.

JUAN R. MORA.

AL MARGEN DICE: Olvidé decir a U. en mis anteriores que la desertión ha cundido en las filas filibusteras: antes de mi salida se me presentaron dos jefes de graduación pidiendo salvoconducto: posteriormente sé que continúa.

Liberia, 1º. de Mayo de 1856.

Señor Ministro
de la Guerra.

Confirmo a U. mi nota anterior fechada hoy.

Por comunicaciones recibidas en este momento sé que el Ejército se puso en marcha de la hacienda de Jocote (cercana a San Juan del Sur) con dirección a esta ciudad antenoche, después de embarcar los heridos, pertrechos, bagajes, etc.

Por una lancha que llegó a San Juan se ha sabido que en Conchagua apresaban alojamiento para las tropas y que el ejército guatemalteco había entrado ya en el territorio del Salvador.

En Rivas se dice que Martínez asaltó y tomó a Granada; que los isleños de Ometepe habían quemado las leñas de los vapores y habían pedido armas y pólvora, lo cual se les entregó antes de la partida del Ejército. Espero que el cólera completará la obra: de todos modos Costa Rica ha mostrado cuán poco valen los filibusteros y su jefe, y una vez perdido el miedo los partidarios de Nicaragua acabarán con él.

Al evacuar a Rivas, nuestro Ejército ha sentido aún los estragos de la terrible peste: hemos perdido al valiente comandante D. Juan Alfaro Ruiz, al subteniente D. Julián Rojas y al sentido capitán D. Zenón Mayorga, cuando estaba casi restablecido de su herida.

Estas serán (lo espero) nuestras últimas pérdidas, pues repito que pasada la Flor el cólera no daña ya.

He mandado que el *Telemby* (que conduce a los heridos) arribe al puerto del Coco distante seis leguas (más o menos) de esta población, adonde pueden ser conducidos en carretas, ya prevenidas, y adonde irá a recibirlos un doctor del Ejército con las medicinas y auxilios, evitándoles así los riesgos de una navegación que prolongada por un evento pudiera serles fatal.

Concebirá U. por ésta que cualquiera sea el favorable estado de nuestra causa en Nicaragua, ya por la cooperación de los aliados, ya por la de Martínez y demás insurrectos del país, el amenazador estrago que el cólera (apenas en su nacimiento) ha causado en nuestras filas, decide invariablemente mi resolución de evacuar los ventajosos puestos ocupados.

Por ahora nos limitaremos a defender esta frontera y a esforzar las operaciones por el río de San Juan del Norte.

Si no resuelvo tan a tiempo esta retirada, perdemos todo el Ejército.

Dios guarde a U.

JUAN R. MORA.

Liberia, 3 de Mayo de 1856.

Señor Ministro de la Guerra.

Confirmando a U. el contenido de mis notas fechadas en 1.º del corriente.

Ahora me dirijo a U. para ponerle al corriente de la situación.

Desde antier empezaron a llegar oficiales y soldados dispersos. Al principio pensé armarme de rigor, tratándoles como a desertores; pero los partes del general Cañas y mis reflexiones variaron mi determinación.

El general salió de San Juan en la noche del 29 del pasado, después de haber embarcado en el *Telemby* los heridos graves, cañones, parque, fusiles, etc. etc., y mandado adelante por tierra a los convalecientes.

La salida de San Juan se verificó en orden y con todas las precauciones militares. Pero el fatal contagio, arraigado ya en las entrañas de muchos, empezó a hacer efecto. Imposible fué desde Sapoá al general contener a la aterrorizada tropa: ésta no desertaba, pero marchó con celeridad sin detener su desordenada marcha hasta esta plaza, donde mi presencia la contenía, dejando sembrado el camino de enfermos y muertos.

El 30 acampó el general en Sapoá con el cuerpo organizado del Ejército, reducido a mil hombres poco más o menos, deteniendo a los zapadores con promesas y amenazas para poder enterrar los muertos, para cuyo piadoso y necesario oficio se detuvo aún parte del 1.º de Mayo, siguiendo su marcha hasta el Potrero en el mismo día. Muchos siguieron marchando en dispersión.

El 2 de mayo acamparon en Pelón como ochocientos hombres, los cuales aguardo hoy aquí; ellos y la guarnición de la plaza (como quinientos hombres) forman la fuerza con que cuento.

Por nuestra fortuna, los que han muerto traían el veneno en el corazón desde Rivas. Aquí sólo un hermano del coronel Salazar ha muerto de fiebre.

Tanto por facilitar la marcha, como por evitar una gran reunión en Liberia, he ido despachando a los dispersos (gente ya desmoralizada e inútil) primero, según llegaban; después en grupos de veinte a ciento, bajo el mando de algunos oficiales. Del mismo modo he hecho marchar los heridos y enfermos convalecientes. Todos van racionados y socorridos lo mejor posible.

He dispuesto, para evitar los azares de la navegación, que el *Telemby* desembarque en el puerto del Coco a los heridos que tomó en San Juan, pues en pocas horas pueden llegar cómodamente aquí. El buque tomará a su bordo el parque, armas, víveres, etc., que de aquí iba a mandar a Puntarenas por la *Dominga Morales*, pues seguro de que dicho último buque iba a hacer un largo y tal vez desastroso viaje, lo di por libre y cumplido su fletamento.

Puedo asegurar a U. que el cólera, gracias a la salubridad de esta atmósfera y a las providencias que he adoptado, no llegará aquí.

Yo no marcharé hasta dejarlo todo arreglado: asegurada, tanto como ahora es posible, la frontera, y en marcha el cuerpo de ejército que resta organizado.

Esta fatal desgracia nos va acostar de ciento cincuenta a ciento ochenta hombres, y podemos dar gracias a la Providencia y a la pronta determinación de retirarnos de no haber perdido todo el Ejército.

Por partes del general Cañas sé que los filibusteros, ciertos ya de nuestra salida de La Virgen, la han ocupado: seguro es que el cólera va a concluir con ellos y que Martínez, con su tropa, y los serranos alzados y reunidos con él acabarán la obra.

Casi toda la población de Rivas ha seguido al Ejército. Cuando éste llegue, estableceré el cordón: todo el que pase la frontera de uno u otro lado deberá ser fusilado.

Han muerto del cólera:

El teniente coronel D. Juan Alfaro Ruiz

Los tenientes D. Mercedes Porras

D. Joaquín Lobo

D. Jesús Brenes

D. Anastasio Calderón

Subtenientes D. Cayetano Méndez

D. Trinidad López

Sargentos D. N. Berrocal y tres más cuyos nombres no citan.

Doloroso es esto, pero repito a Ud. que debemos dar gracias a la Providencia por haber escapado así.

Dios guarde a U.

JUAN R. MORA.

Conviene, al publicar estas noticias, hacerlo con prudencia; debemos sobre todo no ostentar que en nuestro territorio no hiere mortalmente el cólera, pues los filibusteros, afligidos en Nicaragua, podrían hacer alguna desesperada tentativa para buscar un salubre temperamento. Usted concebirá que por ahora necesitamos respirar.

Ejerza U. una incesante vigilancia sobre el periodismo, uniendo a mis observaciones las que su experiencia y clara razón le sugiera en bien de nuestro país.

MORA.

Bagaces, 4 de Mayo de 1856.

*Señor Ministro
de la Guerra.*

Ayer a las siete de la noche llegó a Liberia el coronel Salazar al frente de cuatrocientos hombres, poco más o menos, último resto de nuestro Ejército. Como doscientos cincuenta han quedado enfermos o muertos atrás: el resto ha marchado, ya en grupos, ya en dispersión, al interior. Cada vez me felicito más de haber sido indulgente hasta el extremo. Si hubiera usado la debida severidad, si hubiera detenido a los soldados, los perdemos todos y hacemos al departamento de Moracia presa de la horrorosa peste por mucho tiempo.

Ayer pensaba revistar a la gente y reunir tal vez un cuerpo de ochocientos hombres, leerles una proclama y hacerles marchar en orden, entrando yo a su frente en San José. Pero imposible ha sido. Cañas, que llegó a las diez de la noche, me horrorizó con su relación verbal, mucho más viva que los partes.

La peste es aterradora. Marie ⁽²⁾ murió de ella esta mañana como a las diez. Bülow estaba moribundo. ⁽³⁾

Cediendo al fin a las instancias de Cañas y de cuantos me rodeaban, monté a las diez y cuarto con dirección a Bagaces.

Todo el Ejército ha marchado ya.

Dejé instrucciones a Cañas para la organización de la fuerza y defensa de la frontera, ordenándole también remitir al interior por el *Telemby* (que al efecto mandé detener en el puerto del Coco) todos los elementos de guerra que estén de más en el copioso depósito de Liberia. También dejé dispuesto establecer sin demora un cordón, imponiendo pena de muerte a todo aquel que traspase su línea de uno u otro lado, llevando esta providencia a rigor para evitar contagios y traiciones. Le dicté medidas para acabar con la peste y otras muchas que me parecieron oportunas. Mis órdenes, interpretadas y puestas en ejecución por el claro ingenio y valor de Cañas, espero que producirán buen resultado.

Son las tres de la tarde y acabo de llegar aquí.

El contagio no ha llegado a esta villa y aun me lisonjeo que ni a Liberia, pues Marie y todos los demás que acabaron allí venían muertos ya.

Ayer despaché gente al camino con medicinas, auxilios y orden de conducir los enfermos abandonados al hospital de Liberia y enterrar los muertos.

Se ha hecho cuanto es posible, pero temo que vamos a perder trescientos cincuenta hombres del cólera y aun es nada para lo que temí.

No encuentro palabras para encarecer los servicios que Cañas ha prestado. El, con mil sacrificios, ha salvado la gente hasta Liberia, llegando al extremo de quedarse atrás con sus ayudantes para socorrer y consolar a los enfermos abandonados, de los cuales muchos se han salvado por su socorro. Su valor, su capacidad, su abnegación le constituyen en esta triste circunstancia el único hombre capaz de custodiar la frontera y cambiar o mitigar, al menos, los males que pesan sobre este infeliz departamento: por eso lo he dejado con harto dolor, pues no es posible que yo sea indiferente al riesgo que un hombre de tan relevantes méritos y a quien además me ligan lazos de parentesco y amistad va a correr.

Nada hemos sabido aquí de Nicaragua, pero creo que la peste que allá dejamos hará más contra Walker que un numeroso ejército.

Mucho me ha afectado la pérdida de Mr. Marie, que por tanto tiempo ha prestado tan buenos servicios a Costa Rica y cuyo agradable trato y buenos sentimientos habían granjeado mi amistad; sobre todo ahora, afligido ya al ver morir tantos valientes.

Dios guarde a U.

JUAN R. MORA.

(2) Monsieur Adolphe Marie, francés.

(3) El barón Alexander von Bülow, militar prusiano. Murió el 4 de mayo en Liberia.

Puntarenas, 7 de Mayo de 1856.

*Señor Ministro
de la Guerra.*

A las once de este día llegué aquí con mi E. M.

Algo indispueto he estado desde el momento en que resolví la retirada, y después, al ver morir tantos valientes; pero ya me siento completamente bueno.

El grueso del Ejército se ha salvado marchando en dispersión, único medio de lograrlo. No puede U. formar idea del horror del contagio; sólo viéndolo se puede concebir.

Como ya dije a U., nos contamos por felices perdiendo trescientos cincuenta hombres.

Nuestra retirada en tamaño conflicto parece increíble que se pudiera efectuar con tanto orden. No sólo se salvaron los heridos, sino que nada nuestro ni de los despojos enemigos se ha perdido, exceptuando una carretada de parque lista a marchar, la cual ni aun se inutilizó esperando llevarla hasta el último momento.

Yo marcharé mañana al interior: creo que en cuatro días más llegarán todos los rezagados y entonces podremos calcular exactamente nuestra pérdida.

Dios guarde a U.

JUAN R. MORA

Puntarenas, 7 de Mayo de 1856

*Señor Ministro
de la Guerra.*

Acabo de recibir la noticia inclusa que me parece dar nuevos medios en favor de nuestra causa.

A mi llegada veremos cómo se ha de contestar.

Sin embargo, si el correo marcha antes de mi llegada, puede U. acusar recibo de ella y dar una idea de la situación; pero asegurando siempre que Costa Rica seguirá siempre luchando hasta acabar con Walker y se unirá a sus amigos, favoreciéndoles en cuanto pueda.

Dios guarde a U.

JUAN R. MORA.